

—Pero, bueno —me dijo—, aquí no habrá dinero, pero ladrones sí. Ladrones hay en todo el barrio. Los otros días agarramos a uno en la mercería de la vuelta. Yo vi que venía pitando el patrullero y me largué a ayudar. Cuando entré vi a un flaco que salía rajando, le puse el hombro y lo tiré contra la pared; allí me pareció que hizo un gesto raro, como de llevar la mano a la cintura, cosa que después se comprobó que no estaba armado; sin pensarlo, le metí un plomazo. Se quedó asombrado, me miró fijo y me dijo: «Me mataste», y empezó a resbalar por la pared; entonces dijo: «¡Hijo de puta!». Claro me lo dijo: «hijo de puta». Entonces le metí otro. Ahí quedó seco. Después se armó un lío bárbaro... vino la madre, me gritaba asesino... me decía cualquier cosa; de todo me dijo, y después a los pocos días empecé a soñarlo. Noche tras noche lo veía deslizándose por la pared diciéndome: «hijo de puta, hijo de puta, me mataste»... Oh, no, a mí no me gusta matar.

Fuimos saliendo a la vereda y todavía agregé: «Al que le gusta... bueno, pero a mí no me gusta. A mí no me gusta matar».

En esos años, todo aquel a quien le gustara, se podía dar el gusto. Los descargos serían los de rigor. Aún hoy la jerga de los diarios está llena de expresiones tales como: *En un extraño accidente perdió la vida un hombre de sexo masculino cuya identidad se trata de establecer*. O se trata de un extraño accidente o de un confuso episodio, o se trata de circunstancias no aclaradas. Los diarios contribuyeron a echar niebla sobre las palabras, las expresiones se tornaron elusivas, nunca se sabía de qué se trataba. Lo cierto es que no había culpables y ésa era la sensación que teníamos los civiles, la sensación con la que andábamos por la ciudad, de que era mejor quedarse en casa. En cualquier momento, en un confuso episodio, pasábamos a la desintegración, a la evaporización.

Si se producía un allanamiento en una casa donde no se encontraba al destinatario, se llevaban de «garrón» al que estaba esperando el colectivo en la esquina. En el penal de Sierra Chica, durante muchos años, purgaron la ironía de este *vago azar*, nueve «garrones» que se la comieron de arriba. Y no era casualidad, era el diagrama del terror. Cuando la pesadilla pasó y los diarios comenzaron a informar sobre detenciones y tortu-

ras, hubo muchos que sólo entonces aparentaban enterarse, saber.

Pero no los clientes de las librerías. Ésos sabían. Ésos leían los diarios, escuchaban noticias, tenían parientes enterados. Y fue por eso que, súbitamente, cambiaron la mira de sus preferencias. La librería tenía una sección de filosofía junto a la de sociología. Martha Harnecker, Paulo Frèyre y el Che Guevara eran infaltables en todas las librerías de Buenos Aires. En todas las facultades fueron textos obligatorios hasta 1976. Se podía aprobar cualquier materia de cualquier carrera con haber leído esos libros. Hubo gente que aprobaba veinte materias en un año y se recibía en treinta meses. A los habituales lectores de esos libros se les sumaban los estudiantes y los curiosos por las novedades: Gramsci, Trotski, Mandel, Lenin y, por supuesto, Marx, llenaban las estanterías. En 1976 cambió el viento, comenzaron a desaparecer libreros que seguían vendiendo esos libros. ¿Y qué iban a hacer? ¿Destruir eso que era dinero y que les había costado sacrificios ganar? Los ponían bajo el mostrador y los vendían a escondidas. Un distribuidor fabricó una pared falsa en su depósito y allí dejó estacionar esa «merca» que le había costado sus buenos «mangos». Tuvo suerte de tener amigos en el SIDE que lo ayudaron a irse del país. Vivió exiliado hasta el 84.

Junté a mis empleados en el sótano de la librería y los invité a decidir juntos el destino de muchos libros. Se trataba de sus vidas tanto como de la mía. Nombrábamos a uno por uno y entre todos sentenciábamos. El pulgar abajo significaba, como a Tupac Amaru, el descuartizamiento. Los restos eran depositados en esas bolsas para basura que usan los consorcios de casas de departamentos. Grandes bolsas negras, de luto, que iban apilándose hasta formar un ejército de asco y miseria. La tarea no concluyó allí porque a cada rato uno u otro descubríamos otros libros que también había que destruir. La palabra *sociología* se volvió ominosa como en los cuentos de Lovecraft, sus ponzoñas nos amenazaban a todos. Famoso fue el caso de un allanamiento en una casita de barrio donde a la puerta se juntaron los vecinos atraídos por el despliegue policial; saliendo sin encontrar a nadie y a modo de explicación, un policía aclaró:

—¿Ustedes sabían quién vivía aquí? ¡Una so-ció-lo-ga!

Ante la revelación, los vecinos quedaron atónitos. Algunos se demudaron, otros se persignaron, los más pen-

saron a qué peligros estuvieron expuestos. Pero, como confiamos líneas antes, los clientes de las librerías sabían exactamente lo que sucedía. Todos los medianamente lectores de diarios sabían, cuanto más los lectores de libros. Y saber tiene que ver con la actitud de adoptar. Algunos decidieron irse del país, algunos muchos; razones no les faltaban, ya que hasta la venta de *El Principito* había sido observada «porque abría un libre camino a la creatividad»; ni que decir de Artonin Artaud al que se había desenmascarado como lectura obligatoria de los subversivos; también se objetaba la matemática moderna porque incluía la palabra *vector*, que ya se sabe cuán destructiva puede llegar a ser. En realidad, se trataba de prohibir todos los libros escritos a partir de la Revolución Francesa. Criterios más estrictos pretendían hacerlo desde cinco siglos antes de Cristo, época en que ya el comunismo comenzaba a ser problema. Los que se iban, estaban muy al tanto de la polémica desatada en torno a qué hacer con las librerías, los libros, los escritores. Con implacable lógica, uno decía que a cada libro había que meterle dos tiros en la cabeza. Desaguisado total. Ridiculizaban otros la idea porque si el tiraje de un libro fuese, por ejemplo, 10.000 ejemplares, la Fuerza debía invertir 20.000 proyectiles y el concertado esfuerzo de 20.000 índices accionando el disparador. Es mucho más sencillo, dijo, colocar sólo dos balazos en la cabeza del escritor. Pero nunca se terminó de aceptar una acción conjunta porque se descubrió que no había un solo escritor, ni un solo editor y mucho menos un solo librero.

Una noche, un señor impecablemente vestido de blanco, de rasgos duros y voz enérgica, descubrió que un libro que había adquirido la semana anterior, ahora se lo cobraban con un diez por ciento de aumento (aumento que había comenzado a regir dos días antes). Me miró a los ojos y me dijo claramente:

—¡A ustedes los comerciantes habría que matarlos a todos!  
Y no tuve duda de que lo decía en serio.

Fue también en esos días cuando un empleado de la librería que había comenzado su carrera como cadete, que nunca había trabajado en otra cosa, me contó azorado su reacción en un transporte colectivo de pasajeros cuando en una frenada brusca fue a dar contra un adolescente al que, a raíz del golpe, se le cayó un libro al piso del vehículo.

—Un libro —pensó el empleado de la librería—. ¿En qué andará éste?

Quedó tan afectado por su pensamiento que me lo contó al otro día aún no repuesto de su reacción. Mi cadete, en cambio, vivía en una villa miseria y todas las mañanas me imponía de las novedades que allí acontecían. Muerte de familias enteras, desapariciones y hasta alguno que las echó buenas; ése llegó a tener coche propio y le regaló a mi cadete un libro: *Mi Lucha*.

Otros no se podían ir. Otros no se querían ir.

Otros se quedaron, pero igual se iban, ya que los caminos de la huida son infinitos. O podrían serlo. Sólo he anotado algunos:

*Jugar al tenis.* Gente que en su vida practicó deportes, de pronto se descubren descubriendo una veta deportiva. Muerden con fuerza. Se compran una raqueta importada, pelotas de no sé qué marca y no otras, *shorts* blancos, medias y remeras, y ahora discuten las virtudes y defectos de las canchas de césped o de ladrillos. No es cierto que fue Vilas el hombre que interesó a miles de argentinos en el tenis.

*Automovilismo.* Hay reuniones donde sólo se habla de automóviles. Conocen todas las marcas y se pueden pasar horas discutiendo las características que hacen más conveniente que el árbol de leva esté allí o aquí, que la cilindrada sea mayor o menor, que los neumáticos sean más o menos anchos y que el líquido de frenos deba o no llevar aditivos.

*Fútbol.* ¿Quién no sabe de fútbol? Todos los días (sic) hay un partido importante que debe ser discutido antes, durante y después. La voz de Muñoz por Radio Rivadavia (que cada vez que va a anunciar la temperatura y la presión atmosférica —ya que a eso se reducen las noticias— agrega enfáticamente: ¡al servicio de la verdad!) grita GOOOOOooooo!!!!, llenando el aire e impidiendo escuchar ninguna otra palabra o quejido o gemido exhalado por los malos argentinos. Malos argentinos quejosos a los que Muñoz fustigaba. El fútbol despierta alegría, sana competitividad y entusiastas discusiones, apuestas, cronologías y una honda sabiduría.

*Comidas.* Por supuesto que siempre hay alguien que no controla su hablar y, casi sin quererlo, musita:

—¿Saben que lo llevaron al chico de los...?

A lo que alguien responde:

—Por bocón. Siempre fue un jetón. Pero si vamos a hablar de política, yo me voy.

Se produce entonces un movimiento de voces que derivan, anclan y zarpan por distintos canales. Por los del Tigre, por ejemplo, con un motor Mercury fuera de borda, a lo que otro contrapone el vuelo a vela, la lancha, el kayak, y de pronto la habitación se llena de jarcias, cofas de mesana y trinquetes con vigías. Agotada la primera parte de la conversación y acercándose al tema verdaderamente candente, se habla de lugares y especialidades en vinos, cepas, cosechas y precios; tema largo y complejo que lleva a la cocina propiamente dicha y al conocimiento de especias, hervores y sazónamiento de verduras y legumbres. Tema tan largo como el mundo y que muchísimas generaciones no han agotado. La novedad no es ya, como en las obras de Brecht (ver *Herr Puntilla*), dos señoras en un rincón que pasan recetas, sino los hombres y a plena voz. Se dirá que hay *chefs* reputadísimos desde siempre; lo nuevo es que todos aquellos que se acercaban a la sección de izquierda freudiana, de sociología o de filosofía no tomista, han encontrado esos anaqueles llenos de libros de cocina, y con el mismo fervor los han adoptado masivamente. Por supuesto, sienten que lo hacen mejor que las mujeres, que lo hacen científicamente, con acopio de citas y dando al tema la importancia que de verdad tiene. Con el tiempo se llega a los clubes de *gourmets* y a las recetas propias y a los asesoramientos a que hubiesen tenido lugar para burlar el estupor ya casi agotado de sus invitados. De los libros de los que ya se sabe todo —y no por eso la carne es triste— (al fin y al cabo, eso es fácil y está al alcance de cualquiera; en la biblioteca del barrio hay una Enciclopedia Británica de 1913) se pasa al consejo de viejas, a las recetas jamás escritas y que vienen de boca en boca por encima de los exilios y las fronteras, generación tras generación. Y si acaso, secretamente, esa receta ha sido recogida por el *chef* de un gran hotel, mejor. Y mucho mejor si el *chef* ya se ha jubilado y pretende llevarse con él ese secreto. Arrancar esa receta es el bien más codiciado. Por eso no sorprende escuchar:

—El *chef* del Alvear, pero no el de ahora, sino el anterior, Pedernera.

Y todavía podría hablar de las terrazas ajardinadas, de los jardines interiores, de las huertas, los caballos, la poda, los tejidos...

Otros comenzaron a descubrir a demócratas tibios a los que había que ayudar a definirse y, a fin de realizar tan hermosas aportaciones a la democracia, se iban acercando al proscenio y, a veces, hasta sin querer, quedaban bajo la cenital.

Otros decían, heroicamente, todo lo que pensaban; por ejemplo, que era indignante que no se barrieran las hojas de los parques. Otros apoyaban lo bueno, así como aseguraban que alguna vez habían criticado lo malo.

Estaba (yo) tomando un café en la barra del bar cuando alguien comenzó a enumerar desgracias: que perdió Boca, que aumentó la luz, que se apagó la luz... y yo, como un tonto, y tampoco pudiendo callar, agrego: «...y el miedo».

—¿El qué...? —me pregunta el aludido.

—El miedo —agrego en voz baja, ya casi arrepentido.

—¿El miedo a qué...?

—No sé —digo. No sé.

—Bah... —hace un gesto y sigue hablando con el barman—. Y para colmo —lo escucho decir—, la calle San José estaba llena de tránsito y delante de mí venía una grúa policial a diez por hora.

—Y usted le tocaba bocina todo el tiempo —agrego yo sin escarmentar.

—No —me contesta—. ¿Cómo le iba a tocar bocina?

—Bueno —agregué—, eso es el miedo.

Y me fui rápido. Lo más rápido que podía.

Esa mañana había tomado el colectivo en Las Heras y Canning rumbo al centro. Venía lleno. Mi mujer y yo, ambos de pie, apenas tomados de una correa. Cuando pasamos frente al Hospital Rivadavia, veo, en el escaso trozo de vereda que me permite mi estado, botas. Me agacho con esfuerzo y veo que hay un soldado armado junto a otro y a otro y a otro, casi codo con codo a todo lo largo de la calle. Le comento a mi mujer en voz alta:

—Mirá, hay un procedimiento en el Hospital, montones de soldados...

Y sigo hablando hasta que me doy cuenta de que esos pasajeros que van sentados junto a mí, miran al frente y no me han oído. Que ni éstos, ni los de delante, ni los de detrás, ni los otros que están de pie junto, delante y detrás de mí, han oído.

**Héctor Yánover**